

la vela se le hace con rezador pagao y con tres pesos de pólvora!

Y la mujer no dejaba de encender el cabillo de candela al lado de la estatuilla de yeso y los más flamantes clavelones y amapolas embellecían la tablilla del altarcito y le decía:

—Mirá, San Pedrito, quitámele a tu tocayo esa tos que le asiste; acordate de tu tocayo; ve que no tiene "mal guaro", ni es "pe-liador", y que a conducta es "nonis" y te ofrezco mandarte "retocar" y "mercarte" flo- reros de "china" pal 29.

Era más de media noche: Jirón repasaba los sacos pegados a las tolvas del clasificador; apartó uno ya colmado y al arrastrarlo sobre el piso cubierto de polvillo blancuzco, observó que barría con una esquina un papel de diez colones. Lo recogió, lo miró a la luz del foco eléctrico, lo dobló con cuidado y se lo guardó en el seno, allí pegado a la sudada piel de la barriga.

—No, mío, "nues"; ¿pero de quién tomará ser? Tal vez del patrón que antier vino a sacar muestras y junto al caracolillo sacó la cartera para enseñarle unos papeles al mandador. Dichosotes los ricos que pueden perder así los "riales" y no "echalos" de ver.

Y lanzando un suspiro continuó su faena monótona y siguió tosiendo y aspirando polvo de cascarilla.

Apenas entregó al relevo, fuese derecho a la "cuja" y cayó en ella como una piedra; fatigado, derrengado, exhausto, después de tragarse su café que la compañera le tenía listo desde antes de despuntar el día.

A las diez despertó adolorido; sin haber satisfecho el organismo que le pedía más sueño, más reposo, más alimento. Tenía que ir a la villa vecina a una "diligencia" del mandador; a mercar una limeta de "lamedor" de "raspaguacal" para la tos y a hacer los arreglos para la misa del 29 en honor de su patrón San Pedro. Y todo corriendito, como quien se quita una avispa del trasero, porque a las dos tenía que estar en el correteo.

—¡Mirá, patroncito, mi tocayo, fijate que no se me olvida tu misita; no me desamparés!

Y haciendo la señal de la cruz se largó trotterito para el mandado.

Todo resultó bien hecho, y pronto; ya venía saliendo de la casa cural cuando se le atravesó un chiquillo vendedor de lotería.

—¡El gordoooo! ¡Cincuenta mil colones! ¡El último billeete!

A Jirón le dió un vuelco el corazón al oír la fabulosa suma. "Cincuenta mil colones", y todo con "sólo diez coloncillos", y con un poquito de suerte y... ¡ah!, si San Pedro me la empujara... si él "ques" tan milagrosísimo y tan amigo de Nuestro Señor...; qué "carachas", voy a arriesgar y que mi tocayo me valga!

Pero no alcanzaba la poquilla plata que le había quedado después de las diligencias y por más que registró hubo de conformarse con sólo la intención.

El chiquillo, que adivinó que el "peje había picao", insistió en sus gritos y exageraciones: ¡Cincuenta mil, cincuenta mil! ¡Por diez colones! ¡El número que "prencipia" con un dos y acaba con un nueve, números suerte-ros! ¡Cincuenta mil colones!

Dos y nueve, pensó Jirón, lo mismo que el día de San Pedro, el día de mi Santo. Hombré esto sí ques "cábula".

Y volvió a rebuscarse; de pronto sintió

cosquilleo en la cintura producido por el roce del billete encontrado la noche anterior.

—No, "ora" sí que lo merco, "manque" tenga que pedir limosna "pa pagalo". Ya esto es seña de que está de la mano de Dios que me arriesgue.

Y sacando el papelillo se lo entregó al chacalín a cambio del número 2009.

La conciencia principió a roerlo.

—NO, "nues robao"; esa plata fué "jaya-ya"; San Pedro me la reparó anoche, naide la ha reclamao, y si alguien la reclama, pos se la pago de mi jornal u de la plata del premio, porque nuay duda que este número va a sacar buenos riales. ¡Carachas, el que no se arriesga no pasa la mar!

Y con el número entre los pliegues de la camisa, se lanzó por cafetales y potreros, carreteras y atajos para llegar a tiempo al correteo.

A la hora de la cena contó a la mujer el percance; ésta no le aprobó el uso de los diez colones encontrados en el clasificador.

—Debiste entregárselos al mandador gu al patrón.

—¡Pero diónde sé yo si el mandador se los chorrea y no da cuenta; y tampoco sé si son del patrón; la prueba es que ninguno ha reclamao!

—Cuidao no vayan a apercibirse y tenés que verte en puertas de la "fusticia" y echao de la hacienda y te desgracien pa siempre.

—¡Dios libre! Ora mesmo voy a llevale la plata al patrón.

Así quedó resuelto y finalizada la frugalísima cena, Jirón buscó en la cajita de lata donde atesoraba sus haberes; había veintinueve colones y unos céntimos, pero no había un billete de diez colones como el encontrado y la devolución en otra especie que la perdida, hubiera parecido sospechosa.

—Mañana ques domingo, tempranito vuelvo a la villa y consigo un papel de a diez y se lo entrego al patrón en cuanto asome a su oficina, masque me quede sin dormir.

El billete de la lotería, envuelto en un papelito azul del frasco de lamedor, fué puesto bajo la peana de la estatuilla de San Pedro; ambos cónyuges se arrodillaron frente al santo patrón y fervorosamente le pidieron: ella que sacara a su tocayo del enredo; él, que hiciera el milagro "mas que juera un premio de los más menos, un alguito, una migajita, una borona de ayuda pa salir de tanto apuro y de tanta miseria y de tanto tuerce".

Y ella, a planchar la ropa blanca de la familia del patrón; y él al clasificador a quemarse los ojos de sueño y a atascarse los bronquios de polvillo.

A eso de las dos de la mañana, una de las bombillas eléctricas comenzó a parpadear; Pedro arrimó un taburete y subido en él, trató de componer el daño; al agarrar el cordón conductor, recibió un fuerte choque y cayó sin sentido.

El Espíritu Malo que lo aguijoneaba con un chuzo de punta candente, entregó a Pedro en la negrísima cueva surcada por relámpagos, a donde el Patas iba destinando las almas a sus respectivos tormentos. Sonó un trueno.

—¿Por qué viene condenado?

—Por robo de diez colones.

—¿Cuánto es eso?

—¡Sepa Judas! Allá el cambio está altísimo y varía diariamente.

—Es que si no llega a tres dólares, no tengo jurisdicción. Lléveselo al calvillo de las llaves, allá arriba, y decile que no jorobe.

Otro trueno y cuatro retumbos.

Y Pedro tuvo que "ajilar" para arriba, ¡qué vergüenza!, a presentarse a su Santo Patrón, sin haber devuelto todavía los diez colones!

—Aquí traigo este tonto, lo mató un circuito corto y lo cogió "chingo" en diez colones que se cachó del suelo del beneficio donde trabaja y los gastó en lotería.

—"Dejalo ahí afuerita", dijo una voz por el postigo de la puerta celestial; mañana veremos a cómo está el cambio, ahora no es hora para aritméticas, y se cerró el postigo.

De modo que el alma del pobre Jirón hubo de acomodarse como mejor pudo en cirrus, nimbus, cúmulus y estratus para esperar la hora oficial de la apertura de las puertas celestiales.

—¡Maldita la hora en que juí a mercar el número! Ora sí que estoy hasta el gollete y me van a pegar mi buena chaparriada.

Pasadas unas tres horas fué despertado por el chirrido de las grandes alcayatas del portón principal por donde brotó un chorro de luz rosada y brillante y una bocanada de perfumes y armonías.

San Pedro, en todo el esplendor de su túnica rutilante, de sus llaves de oro y de su halo de tres anchos flecos de plata, llamó a Jirón. Este, con la cara tapada, avergonzado y contrito, siguió a su excelso patrón a la oficina, en donde varios ángeles manoseaban los libros grandotes en los que estaba apuntada la vida y milagros de todos los mortales.

—¿Cómo te llamas?, dijo San Pedro.

—Pedro de los Dolores Jirón, pa servir a Nuestro Señor y a Usted, contestó el alma atribulada.

—¿De dónde venís?

—Del beneficio del Bajo de Torres en Mata Redonda.

San Pedro, a la primera respuesta mostró interés; a la segunda ya no pudo contener su emoción y con marcado disgusto dijo:

—Hombré, Jirón, ¿no te da vergüenza verte acusado por robo? ¿Vos, un hombre de trabajo con mujer e hijos, en un país de abundancia como es Costa Rica, en donde el que quiere trabajar gana para pasar la vida sabrosa; donde no hay grandes calores ni grandes fríos; donde los plátanos, los chayotes, las guayabas, los mangos y los jocotes están dundos; donde la primavera es perpetua, las lluvias abundantes, la tierra fértil; en donde no hay más calamidades que uno que otro temblor y elecciones cada dos años? ¿Y vos, llevando mi nombre y siendo devoto mío, y pagándome misas y rosarios con pólvora...? Si a vos no, lo que es a mí se me cae la cara de pura vergüenza.

¿Para qué diantres fuiste a gastar lo que no era tuyo y venirme a meter en enredos poniendo el numerillo bajo mi amparo? ¿Estás mudo? ¿Qué tenés que decir?

El pobre Jirón, más rojo que una amapola y todo tembloroso, contestó tartamudeando y un tanto indignado:

—Vea, Santo Patrón, no se caliente conmigo, la cosa nues pa que me trapee todito delante de estos señores. Yo no me he robao nada; junté el papel del suelo, no traiba nombre de dueño; y manque lo trujera yo no sé ler, ni escribir; me lo metí al seno pa devolverlo y se miolvadó cuando me juí a echar más cansao que un burro; cuando juí a la "viya" al arreglo de la misa pa Usté, mi patrón y mi tocayo, me ataranté con la ilusión de sacarme unos riales en la lotería, contimás cuando me dijo el chacalín que tenía pintao